

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL ASCENSOR

Fernando Olavarría Gabler

8



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL ASCENSOR

Fernando Olavarría Gabler



EL ASCENSOR

Armando no tenía bien clara la idea si caminaba por una calle del centro de la ciudad o por un barrio más o menos elegante.

El hecho es que había árboles frondosos, jardines y hermosas rejas de hierro. Pero no; había muy pocos transeúntes para que fuera el centro. Solamente un hombrecito vestido de negro, con un sombrero también negro y un portafolios del mismo color.

Caminaba rápido y al pasar junto al niño se metió la mano al bolsillo interior de la chaqueta y murmuró: “A ver Gervasio, qué es lo que hay en este espacio”.

Algo rebotó en el suelo mientras el hombrecillo daba la vuelta a la esquina. El niño vio que era una billetera. “Al hombrecito de negro se le cayó la billetera” -pensó- y echó a correr detrás de él para entregársela. ¡Señor! ¡Señor! ¡Se le cayó esto! Gritó el niño. Después se acordó que no debía gritarle a las personas cuando se encontraban distantes porque era mala educación.

El hombrecito había desaparecido. Lo último que vio Armando fue su portafolio que bajaba por una puerta que conducía a un subterráneo.

El niño descendió corriendo por las escalinatas y se encontró en un subsuelo que estaba alumbrado por cuatro candelabros de bronce.

La luz amarillenta de las velas iluminaba las ocres paredes de cemento sin pintura.

En el centro, entre los cuatro candelabros, había algo similar a una mesa y sobre ella estaba tendido vientre arriba, cuán largo era, un lagarto con los ojos cerrados y las patas delanteras cruzadas sobre el pecho.

-No tengo idea de qué color son sus ojos- pensó el niño, pero no cabe duda que su vientre es amarillo y el dorso de sus patas es de un lindo color verde. Seguramente ha muerto de frío y lo están velando.

En esos instantes el lagarto abrió un ojo y pareció transmitirle al niño que no estaba muerto sino dormido.

Se oyó un ruido metálico y se abrieron las rejas de un ascensor.

-Al primer piso- dijo alguien, y el niño sin saber por qué, se metió dentro del ascensor.

Se cerraron las rejas metálicas y el ascensor empezó a subir, como suben los ascensores.

Armando, en esos instantes pensaba que los ascensores, también descienden y podrían llamarse ascensores-descensores, pero ese nombre sería muy largo ¿Y si uno entraba a un descensor para subir? Más bien debería de haber dos carros, el descensor que bajaba siempre y el ascensor que subía. Entonces, cuando subiera el ascensor hasta el último piso, debería bajar desocupado el primero y así trabajarían más rápido... Pero todos estos pensamientos así como llegaron a su mente, también desaparecieron rápidamente.

EL ASCENSOR

Arriba se oía el suave ruido del motor, luego cesó. El ascensor se detuvo y se abrieron las rejas.

Estaban en el primer piso, en un jardín que daba a la calle. Había varios personajes esperando, y entraron. Se cerraron las puertas y todos, en silencio, miraron fijamente allá arriba un letrero con doce números.

De pronto, alguien cortó el embarazoso silencio y siguió una conversación que había interrumpido al entrar al ascensor. Sí -dijo- como le estaba contando, a mi automóvil no le han podido arreglar ese desperfecto. Cuando hago el cambio y pongo primera, camina hacia atrás y cuando pongo marcha atrás, camina hacia adelante. Da un tremendo estampido, toca la bocina ¡y se le desinfla un neumático!

Qué desperfecto tan raro, comentó la otra persona ¿No ha pensado comprarse un automóvil más moderno con cambio automático?

Ya no me interesa -respondió el dueño del auto.

Armando observaba a los dos personajes que conversaban.

Uno de ellos tenía las uñas de las manos negras.- Es un mecánico- pensó el niño. Ellos se sacan sus delantales manchados cuando salen del trabajo, pero no logran sacarse todo el aceite de las manos.

Ustedes trabajan con sangre roja y nosotros con sangre negra,

comentaba el mecánico dirigiéndose a un señor de cuello blanco y corbata a bandas. Por su rostro serio y observador, parecía ser un médico o un sacerdote.

-Son dos quirófanos diferentes- respondió el señor de cuello y corbata a bandas. Ustedes ensucian sus trajes de trabajo con aceite negro y nosotros con sangre roja y ¡cosa admirable! Son los únicos que saben dónde está el alma de los motores.

-Así es- decía el mecánico. Causa un gran placer reponer una pieza rota por otra nueva, atornillar los pernos y tuercas y que todo quede ajustado con gran precisión, funcionando perfectamente. ¡Es magnífico!

-Tengo un cuñado- continuó el mecánico- que se mancha de blanco cuando trabaja a las cinco de la mañana haciendo pan.

En el trabajo del hombre -pensó Armando- siempre hay algo de basura como consecuencia de esa labor, pero el resultado es muy hermoso.

El ascensor se detuvo. Se abrieron las puertas. Salieron varios personajes y entraron otros.

A diferencia de la mayoría de los ascensores en los cuales las personas entran silenciosas y quedan estáticas mirando hacia arriba esperando que el ascensor llegue al número del piso a dónde van, aquí todos conversaban o discutían o reían. Ya nadie se fijaba en los números de los pisos porque no existían. Los doce números se

EL ASCENSOR

habían borrado hasta desaparecer. El ascensorista anunciaba el piso y habría y cerraba las rejas metálicas con un ruido placentero.

Todos estaban muy imaginativos y locuaces. Parecían estar en un cóctel donde hubiera varias clases de capas sociales y oficios entremezclados.

El niño observaba a un campesino que tenía un canasto a sus pies que estaba cubierto con un saco harinero. Llevaba quizás qué cosas adentro. Iba al lado de un señor de anteojos dorados, que trataba de leer el periódico y con éste le hacía el quite a la cabeza del hombre del canasto. Más allá, una señora gorda, luciendo en su rollizo escote un voluminoso collar de falsas perlas, discutía con un hombrecillo cubierto con un abrigo de color marrón oscuro con cuello de piel brillante.

-Este hombre es un exagerado- decía la gorda a otro de los ocupantes del ascensor vecino a ella- . Si supiera usted cómo duerme ¡Debajo de quince frazadas! Es un verdadero topo metido en su agujero bajo una montaña de ropa ¡No puede un ser humano ser tan friolento! -Cada uno duerme a su gusto- se defendía el hombre topo- no es culpa mía que tú seas acalorada.

¡Tercer piso! -anunció el ascensorista, y la mayor parte de estos personajes salieron y entraron otros.

El campesino no había salido. La mujer gorda seguía discutiendo con el hombrecillo de marrón, ahora por otro asunto y la

ira de la gorda había llegado a un extremo prácticamente inaceptable. Entonces el campesino interrumpió la discusión y le dijo a la gorda: “No se enrrabee patrona, porque le hierve la enjundia y se le apedrea la hiel”.

La gorda se quedó callada unos instantes pensando en lo que le había dicho el campesino y éste, aprovechando que no había mucha gente en el ascensor, se inclinó hacia el canasto y desamarrando el saco harinero, sacó del interior un hermoso gallo con las patas atadas. Lo cogió y se lo puso debajo del brazo.

-“Pa que tome airecito” -dijo en voz alta-. “El pobre está medio apulmonao”.

La gorda retrocedió un poco en un gesto de sorpresa y asco. Entonces el gallo sintiéndose parcialmente en libertad, cantó. Era un canto especial. Un sonido, más bien un ruido totalmente desafinado. Parecía el trompeteo de un elefante desesperado por un fuerte romadizo al que habría que agregarle algo así como un dejo de trutruca araucana.

Sin lugar a dudas, era una soberbia estridencia; asombrosa y extraña, que tomó de sorpresa a los que la escuchaban y no atinaban a indignarse o a reír a carcajadas ¡Era el canto del gallo ridículo!

El niño, por supuesto, se rió a más no poder y cuando el gallo ridículo cantó nuevamente, al chico le corrían las lágrimas por las mejillas.

EL ASCENSOR

-¿A dónde lleva “eso”?, preguntó la gorda al dueño del gallo.

-“Me lo encargaron pa un campanario”, patrona. Pa que anuncie -según el Señor Obispo- lo mal que se está comportando la gente en estos tiempos .

¡Se están urdiendo tantas maldades!

-Cuarto piso- , anunció el ascensorista.

Entraron alrededor de diez niños y el profesor.

Como todos quedaron muy apretados, el campesino guardó su gallo en el canasto y se lo puso sobre la cabeza.

Los niños gritaban, se empujaban, daban patadas y uno que otro rasguño a la cara del niño vecino.

Era tal la gritadera, que el profesor empezó a chillar:

-¡Cállense! ¡Dejen de gritar!- Pero los niños no respetaban los alaridos del profesor, que gritaba a más no poder, para que sus alumnos se callaran y terminaran de darse empujones.

-¡Quinto piso!- Anunció el ascensorista.

Para alivio de todos, salió el profesor y sus inquietos angelitos.

-La inocencia es madre de la estridencia, comentó el personaje de los anteojos dorados y muy limpios.

En éstos hay que aplicar la ley del submarino, dijo otro señor con aspecto de almirante en retiro.

¿Cuál es esa ley?, preguntó el de los anteojos.

-¿No conoce la ley del submarino?

-No.

-Es muy fácil. Al que no le gusta se va para afuera.

Hubo silencio.

Armando se había recién dado cuenta de que el personaje de los anteojos dorados y su periódico, había aparecido desde un oscuro rincón del ascensor. Parecía haberse despegado con cierta dificultad de las paredes. EL niño observó con sorpresa que la espalda no estaba ni muy derecha ni gibada sino formaba un perfecto ángulo recto que coincidía con la esquina del rincón donde había sido presionado cuando habían entrado los colegas.

Aparecieron en escena dos personajes pálidos y nerviosos, portando largos abrigos oscuros y sendos portadocumentos tan delgados como sus dueños. Conversaban en voz alta sin importarles si molestaban o no. Hablaban de la marcha de los negocios de la oficina.

También entró un señor de gris y su esposa, igualmente de gris, con un cuello blanco de piel y un sombrero que parecía un casco.

Al niño le llamó la atención la alta, espigada y joven señora, especialmente sus ojos. Eran unos grandes y hermosos ojos que tenían la particularidad de ser uno azul y el otro verde. La diferencia de colorido se destacaba en el pálido rostro de la joven.

Armando, ya adaptado a este ascensor en el que todo el mundo expresaba en voz alta sus pensamientos, le preguntó a la dama si uno

EL ASCENSOR

de sus ojos era artificial.

-No- respondió riendo la joven. Ambos son míos. Nací así.

-¿Y ve igual con un ojo y el otro?

-En verdad, no veo igual -respondió la mujer, siempre sonriente. Cuando estoy alegre veo todas las cosas de color azul y cuando he tenido algún contratiempo las veo verde.

- ¿Pero, eso depende de su estado de ánimo? o porque...

Exactamente -interrumpió la señora.- Cuando estoy de mal humor cierro el ojo derecho y cuando estoy alegre, el izquierdo.

-¿Y no le molesta estar todo el tiempo con un ojo cerrado?

-No- dijo la joven- porque los cierro atrás, en el cerebro.

El niño no supo qué más decir.- No comprendía esto de cerrar un ojo en el cerebro.

-Mi mujer es muy original- dijo el hombre de gris, sonriendo. A veces tengo la sensación que estoy casado con dos esposas. Eso depende del ángulo en que se la mire. Siempre almuerza a mi derecha, y la hago sentarse a mi izquierda a la hora de la cena. Cuando almorzamos la llamo María y cuando cenamos, Teresa. ¿No es así María Teresa?- Así es, querido, respondió complacida la joven esposa.

Los flacos jóvenes nerviosos que hablaban en alta voz de negocios, no habían dejado un momento de hacerlo. De improviso, uno de ellos sacó del bolsillo un teléfono portátil y empezó a hablar

casi a gritos para que todos se fijaran en él. ¿Aló? ¿Sí? ¡Hola! ¡Sí! Aquí estamos en el ascensor con José Patricio. Vamos a llegar al... ¿En qué piso estamos? -le preguntó a su compañero. ¡Sí! El tiempo está bueno aquí ¿Y allá? ¿Está lloviendo?

Sexto piso. Anunció el ascensorista.

Los jóvenes de los portafolios salieron con varios más; entre ellos el campesino y el señor de la espalda en ángulo recto. El compañero del que llevaba el teléfono, también había sacado otro teléfono portátil y ambos se alejaron hablando en voz alta sobre temas diferentes, a los cuales el niño no les dio importancia alguna. Armando no sabía que pertenecían a una sociedad comercial caníbal que engullía a otras empresas, conforme a la teoría de la evolución de Darwin.

En el sexto piso entró un hombre alto, vestido escrupulosamente de negro. Su rostro era amarillento y cuando se sacó los guantes, el niño observó con desagrado que sus manos eran huesudas y de un color azul pizarra.

Armando pensó que probablemente trabajaba en una empresa de pompas fúnebres y no pudo contenerse de preguntarle.

-No- dijo el hombre de rostro amarillo y manos de color azul pizarra- Yo trabajo haciendo juegos de dominó. Voy a los cementerios, saco las lápidas y les pinto puntos negros. Les ensarto un gran clavo en el vientre y después las envío en un camión a los

EL ASCENSOR

interesados.

-¿Cuáles son los interesados en jugar con piezas tan grandes y pesadas? -preguntó el niño.

-Son dos amigos invencibles- sonrió el hombre mostrando unos dientes más amarillos que su rostro. Se llaman el señor Tiempo y la señora Muerte.

¡Séptimo piso! Exclamó el ascensorista.

El hombre de negro salió.

Solamente entró un hombre flaco y largurucho. Portaba un sombrero hongo, vestía una levita y pantalones verdes oscuros.

Armando observó que sus zapatos eran demasiado largos y puntiagudos. Se veían desproporcionados para su estatura.

Después de sacar unas tarjetas de uno de los bolsillos de la levita, las repartió, dando una tarjeta a cada uno de los que estaban en el ascensor. Alargaba los brazos casi sin moverse de su sitio.

Por cierto que Armando recibió una de ellas y leyó:

M'ICOS FORESTAL. CIA. LTDA.
VENTAS. MARKETING PROMOCIONAL.

El niño no entendió el significado de esta escritura y le preguntó al hombre larguirucho de qué se trataba. -Es muy simple-replicó. Se trata de una gran idea ¡Asombrosa! Formidable. Mi

compañía M'icos Forestal está dispuesta a ofrecer la venta con grandes facilidades, de una cantidad apreciable de acciones, si ustedes tienen el interés de comprarlas.

El gran proyecto consiste en eliminar de una vez por todas, a las vacas y otros cuadrúpedos domésticos indeseables, que tienen asolada la superficie de nuestro amado planeta.

-¡Sí, señores! ¡La ganadería es como una tiña o sarna que pela a la Tierra dejándola sin bosques! ¡Cada vez tenemos menos árboles! (en esos momentos el larguirucho hablaba en voz alta; iracundo; casi se expresaba a gritos).

-Es por eso -siguió- que M'icos Forestal ha tenido la genial idea de dedicarse a criar monos. La carne de mono es sabrosísima -según datos confidenciales y computarizados de los indios amazonas. Pues bien. Para criar monos es necesario dar al traste con los campos dedicados a la ganadería. Tenemos que reforestarlos y habilitar extensos bosques donde se criarían millones de macacos. Se aprovecharía la carne y también se industrializaría la leche de las monas en lactancia; para ello se construirán grandiosos establos arbóreos situados por encima de los...

-¡Basta! Exclamó una señora pequeña que estaba cerca del agente de M'icos Forestal.

-¡Todo lo suyo es una insolencia, una barbaridad, por decir lo menos! ¡Pobres monitos! ¡Y las monitas! ¡Degradadas en tales

EL ASCENSOR

circunstancias! ¡A de saber señor, que yo pertenezco a la Sociedad Protectora de Animales!, y levantando un paraguas que llevaba en su diestra, le dio un recio golpe en el vientre al larguirucho, dejándolo doblado y mudo por largo rato.

Octavo piso. Anunció el ascensorista.

El larguirucho, que había recobrado aliento, recogió en silencio las tarjetas, salió presuroso afirmándose el sombrero hongo con una mano y desapareció en un vago horizonte, débilmente luminoso.

-“Ese fresco que trató de engañarnos, va al purgatorio con un abrigo de tres cuartos”- comentó alguien.

Armando después de oír esto, se imaginó, que los que se van al cielo llegan con una larga túnica resplandeciente y los que se dirigen al infierno, caen en picada totalmente desnudos.

En el octavo, había entrado una niña con su mamá. La chica llevaba un gato en sus brazos. Era rubia y pecosa. Su cabellera caía algo tiesa sobre sus hombros y tenía un ojo un poco bizco cuando sonreía.

-¿Es tuyo el gato?- preguntó Armando.

-No. Es de mi abuela- respondió la niña.

-¿Cómo se llama?

-Aculéfalo.

-Qué raro nombre- ¿Por qué le pusiste así?

-Yo no se lo puse. Se lo puso mi abuela.

-¿Cómo se llama tu abuela?

-Aculéfala.

-Mi abuela es muy especial, continuó la niña. A veces se pone loca y baila con el gato en la calle de la población donde vive.

-¿Dónde vive?

-En la Población Azul. Allá todo es azul, hasta los faroles que iluminan la calle. Mi abuela se viste con una falda negra y una blusa de color violeta y baila cueca con el gato que se ve azul.

-Muy interesante- pensó Armando. Lo más probable, es que Aculéfala, la abuela de esta niña, para llegar a su casa, no se sube a un ómnibus o a una bicicleta sino que se monta en una escoba.

-¿Tu abuela, usa un cucurucho negro como sombrero? - preguntó el niño.

-¡Así es!, respondió la chica ¿Cómo lo sabías?

Noveno piso, anunció el ascensorista.

-¡Chao!- se despidió la niña y le sacó la lengua a Armando poniéndose terriblemente bizca.

El gato en sus brazos, en esos momentos movía inquieto la cola.

Aculéfalo debe estar molesto por algo -pensó Armando- pero no se le ocurrió qué podría ser.

EL ASCENSOR

Entró una joven. Bellísima.

Llenó el ambiente con un suave perfume a rosas. Sus grandes ojos azules estaban engastados en una cara perfecta, cómo un óvalo. Su cabellera rubia terminaba en un hermoso moño.

Le sonrió al niño -que la miraba extasiado- y sus blancos dientes se lucieron en una sonrisa encantadora.

Armando le llegaba a la cintura y al observar sus pies, constató que sus zapatos eran grandes y de color azul oscuro y blanco.

El niño se había enamorado en menos de cinco segundos.

-¿Cómo te llamas? Preguntó la joven. Y él, tragando saliva respondió: Armando, y se puso rojo.

Estaba turbado y feliz. Sufría, al mismo tiempo gozaba y mirando el rostro de la joven, suspiró.

La joven se rió bondadosamente y le acarició el rostro. Entonces el niño quiso salir volando por entre los barrotes de la puerta del ascensor.

En esos instantes el ascensorista anunció:

-Décimo piso-, y la joven salió.

Armando la vio alejarse por un largo sendero que atravesaba un jardín.

-¿Será un ángel?, se dijo, y se quedó triste pensando en esa hermosa mujer que le había acariciado el rostro, y que quizás nunca más la volvería a ver.

O tal vez sí, la vería nuevamente. A lo mejor era conocida o amiga de su mamá.

Llegaron -no se podría decir de dónde- una gran cantidad de animales de todas las especies posibles de imaginar. Se introdujeron haciendo gran alboroto dentro del ascensor.

El ascensorista los observa complacido.

Entraban y entraban más y más y Armado observaba asustado, detrás del ascensorista, esta invasión.

Lo más curioso, es que cabían sin dificultad en el ascensor el cual más bien parecía una jaula pequeña incapaz de soportar a esta multitud.

Al niño le llamó la atención que la mayoría de los animales no se veían muy atractivos. Es decir, su pelaje no estaba del todo brillante, más bien canoso y su aspecto era desnutrido.

Son animales viejos -pensó Armando- que los llevan al matadero.

La mayor parte de los cuadrúpedos se paseaban desde donde estaba el niño cerca de la puerta del ascensor, hasta el fondo, interminable.

Un ñu o algo parecido a un antílope, al llegar donde estaba Armando, quedó sorprendido y comenzó a olfatearlo algo temeroso. Al ver la cara de asombro del niño por todo lo que estaba sucediendo, el ñu le dijo: No te inquietes por esta muchedumbre

EL ASCENSOR

animalesca; lo que pasa es que somos animales de los zoológicos del mundo. Nos sentimos bastante satisfechos con nuestro destino por haber entretenido a tantos niños como tú, mi pequeño, pero la vida ha sido dura al no tener la libertad. Algunos de nosotros han sufrido mucho por estar encerrados en pequeñas jaulas en zoológicos anticuados.

Ahora somos libres y nos agrada pasearnos hasta el infinito.

-¿Acaso este ascensor está conectado al infinito?- preguntó Armando.

-Podríamos decir que sí - respondió el ñu.

¡Duodécimo y último piso!, anunció el ascensorista y abrió la reja metálica. Entonces toda esa multitud de animales salió disparada formando un tropel, y desapareció entre unas nubes.

El niño se dio cuenta de que estaba solo en el interior del ascensor y el ascensorista esperaba que saliera.

Y salió.

Afuera había niebla. Era una niebla luminosa. Armando caminó vacilando y con los brazos estirados hacia adelante porque no veía dónde pisaba ni lo que había más allá de su rostro.

Quiso volver hacia el ascensor pero no lo encontró.

Afligido, estaba a punto de llorar cuando la niebla luminosa se despejó un poco y el niño vio un sendero delante de él. Avanzó por éste y llegó a una puerta de rejas cuyos barrotes se confundían hasta

desaparecer en las nubes de arriba.

Armando estaba fascinado observando la monumental puerta, en esos momentos ésta se abrió lentamente y apareció un anciano de larga barba y de ojos serenos, muy hermosos.

-¿Qué buscas niño? -preguntó bondadosamente.

-Ando buscando a un hombrecito.

-¿Un hombrecito?

-Sí. Un hombre pequeño, que llevaba un portafolios y se metió la mano al bolsillo de su chaqueta y dijo: “Gervasio, qué es lo que hay en este espacio”.

-¿Eso dijo?- preguntó el anciano.

-Sí, y se le cayó la billetera. Entonces yo la recogí para entregársela, pero no lo he podido encontrar. Me subí a un ascensor y...

-Bueno, bueno- murmuró el anciano. Dame la billetera, me parece conocer al dueño de ella- y echando la cara hacia un lado, gritó: ¡Gervasio!

Apareció el hombrecillo detrás de la puerta por entre la niebla y el anciano le dijo: Perdiste la billetera y este niño ha llegado hasta aquí para entregártela.

Gervasio le sonrió tímidamente al niño y le dijo: Muchas gracias, pero ya no la necesito.

-¡Recíbela, hombre! No seas desatento con el pequeño- lo

EL ASCENSOR

amonestó el viejo con cierta dureza.

Gervasio estiró la mano y cogiendo con rapidez la billetera desapareció en la niebla.

-Has sido un niño honrado y bueno- dijo el anciano. Algún día tendrás tu premio. Sigue así en la vida. Ya nos veremos en una próxima ocasión.

Ahora, es necesario que vuelvas a tu casa.

Tus padres están preocupados por ti. El ascensorista, está esperando.

El niño le dio un beso en la mejilla al bondadoso anciano y se despidió.

En esos instantes se oyó un gran ruido de galope que producían los animales. En efecto, venían todos corriendo, volando, saltando a grandes zancadas, otros dando brincos y también algunos arrastrándose a gran velocidad.

Llegaron a la reja frente al anciano y se detuvieron ante él, silenciosos y sumisos, como esperando una respuesta.

-Aquí, no- dijo el anciano, e indicando con la mano izquierda les dijo: Es más allá. ¡El paraíso de los animales!

Armando observó cómo todos ellos se desplazaban hacia donde indicaba el anciano y desaparecían en la niebla.

El niño se alejó corriendo por el sendero y el ascensorista después de dejarlo entrar cerró la puerta metálica y comenzó el

descenso. Éste fue rápido, nadie entró al ascensor y llegaron al primer piso.

Armando le dio las gracias al ascensorista y corrió alegremente hacia su casa.

El lagarto que estaba en el subterráneo abrió los ojos y sonrió. Ha llegado la primavera -comentó-. El niño ha regresado; y deslizándose hacia un prado lleno de sol, se perdió entre las flores del jardín.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.